


de negro a claroscuro

marcos moral



 Literanda narrativa

De negro a claroscuro

Marcos Moral

De negro a claroscuro

Marcos Moral

Editorial Literanda, 2012

Colección Literanda Narrativa

Diseño de cubierta: Literanda. Acuarela de John Ruskin, 1819-1900, *Un pueblo italiano*.

© Marcos Moral 2012

© de la presente edición: Literanda, 2012

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Índice

Negro

Paco o el smoking

Oro y plata

Alpaca

Peltre

Clarooscuro

Tiri

Negro

Black is black, Los Bravos

Entendí poco la razón para quedar en una terraza tan céntrica, es imposible aparcar allí, llegar cuesta una eternidad, trae ella el coche negro, con tapicería de piel negra e interiores negros, capota negra, pequeño, que acabo de comprar hace tan sólo una semana. Un mini. Un capricho que pensé que le gustaría. Se ha quedado más o menos igual. Sólo un poco más contenta cuando lo conduce, dice que es muy suave, pero que lo hubiera preferido más grande y automático. Más grande y automático, pero negro igual. Para mí era una cuestión estética, no de espacio. Sin familia que llevar, incluso estaban de más, desde mi punto de vista, las plazas traseras. Eso me pasa por escoger sin consultar: hasta puede que tengamos que venderlo, o darlo de entrada para uno nuevo.

Eso andaba pensando cuando se acercó un individuo negro a la terraza. No me gustan los hombres, pero era difícil dejar de observarlo. Parecía un atleta, pero con esa pátina que tienen algunos de los de su raza que sólo son fibra y músculo, que naturalmente no acumulan ni un gramo de grasa. Uno piensa que no es nadie al lado de un espécimen así; y cuando digo espécimen no lo hago con desprecio ni racismo, comparo mi animal con el suyo y no soy nadie. Eso es, en parte, culpa de nuestros antepasados que los explotaron, ellos tan contentos fumando su tabaco de Virginia que cosechaban sus esclavos negros y luciendo ropas cuyo algodón les obligaban también a recoger mientras iban echando barriga. Luego la herencia genética de generaciones y generaciones de trabajo físico ha hecho lo que estoy viendo. Por ejemplo: 1,90 por lo menos, los brazos como mis piernas, el pecho de un toro, el aspecto de un tratado de anatomía que sonrío a todo el mundo y bastante más a las mujeres, que no paran de desnudarlo y de imagi-

nar ese rabo que debe tener ahí escondido, por suerte para los demás hombres, en un pantalón ancho,.

María se retrasa. Vuelvo a concentrarme en mi libro después de que se siente el negro tres mesas más allá. Me ha dado por releer a Kundera, por repasar esas vidas pequeñoburguesas atropelladas; por la cuarentena, por esa sensación de no saber si has experimentado lo suficiente, por la angustia de sospechar que ya no estás a tiempo de vivir lo que no hayas vivido ya. No me siento así, tan sólo en parte me parece, como a todos, que podía haber hecho más, pero nunca acabo de concretar qué me falta. Podría decir que estoy bien, rondando los cuarenta, conscientemente sin hijos, y asociado, que no casado, con María, a quien espero ahora oteando las calles en busca de un coche vistoso, negro y nuevo, flamante. Supongo que no dejo de pensar que también el coche es una cortina de humo, una prórroga, si estoy rele- yendo a Kundera, de todo eso que no consigo concretar; pero aunque mal de muchos es consuelo de imbéciles, me digo cada día a mí mismo que no soy el único, que viene con la edad y que tengo una vida que nunca podría haber sido otra. Quizá la cuestión sea pensar en una alternativa posible, basarla en futuribles absurdos, o bien simplemente no hacerlo. Yo prefiero no hacerlo.

Acabo mi cerveza y busco al camarero. No se me ha ocurrido pedir otra cosa, esto no es un bar de vinos, que es lo que suelo pedir si hay cierta inquietud por el tema en el establecimiento. María está hasta la coronilla de mis botellas incunables, y dice que además estoy consiguiendo que no le guste el vino cuando le digo que no se lo beba de un trago. Tengo que moderarme, me imagino, aunque creo que exagera un montón. Yo suelo estar callado casi siempre, serio casi siempre, pensativo casi siempre, huraño las más de las veces, y en un montón de años nos hemos preferido así. No lo hemos hablado mucho, pero tengo la certeza de que no le gusta el exceso de conversación, de que no soporta la estulticia, de que padece como yo de vergüenza ajena, de que no tolera la publicidad, de que nos cuesta envejecer a los dos, de que lo llevamos mejor de manera tácita o cuando menos escueta.

Mientras pienso todo esto aparece el camarero, que me llama suavemente la atención sacándome de mis cábalas, mientras pasa el rodillo por la mesa y recoge mi cerveza ya caliente, queda el culo del recipiente. Si estuviera en una coctelería pediría un negroni, o un gintonic de esos en copa, ninguna memez de las que hacen ahora con veinticinco tipos de tónica y bayas y semillas y cortezas y hortalizas de todas clases para notar sabores que no proceden. Modas que la gente se inventa y que seguro que en Londres se pasan por el forro meándose de la risa de tanto imbécil que hay por aquí engañando a la gente. La tónica, ese medicamento tónico que tomaban los ingleses para prevenir la malaria en las colonias de su imperio, era hasta tal punto amarga que la mezclaban con ginebra para que fuera bebible. Y ahora van a descubrir la sopa de ajo cuatro imbéciles que no son ni siquiera cocteleros, sino sommeliers. Pido otra cerveza, no estaba mal tirada y la copa era grande, quizá hasta demasiado. Y unas almendras. Echo un vistazo a la parroquia: sigue el negro alborotando el gallinero, sentado tres mesas a la derecha, me mira, le miro, saluda y sonríe con todos sus dientes blanquísimos, tanto que parece que tenga más de la cuenta. Correspondo y vuelvo a Kundera, pensando que es raro que ninguna mujer se le haya sentado a la mesa a sondear la posibilidad de una experiencia memorable, más aún cuando hay tres que no paran de mirarle y sonreírle asombradas y extasiadas, resoplando mientras se miran unas a otras con los ojos como platos, entre miradas cada vez menos furtivas, más explícitas, un punto más ansiosas a medida que pasa el tiempo. Curiosamente las tres tienen cierta edad, más o menos la mía: es evidente que ellas sí imaginan alternativas, futuribles, que creen que están a tiempo de vivir lo que no han vivido, de que ese negro les puede arreglar la vida, el corazón, la campanilla, o el coño, o el culo, o dios sabe qué. Y arreglar no sería la palabra, no se trataría de poner sus vidas en regla sino de todo lo contrario. El negro tiene una edad etérea, imposible de adivinar: pero las está poniendo cardíacas, están haciendo sopa en las bragas. Me río por dentro, ni se me ha ocurrido exteriorizar nada, ni siquiera un mohín ni un arqueo de cejas, no vaya a ser que se rían de mí al compararme con él; seguro que no

dudarían ni un segundo. De todos modos, al observarlas someramente, me doy cuenta del absurdo; gorditas y vulgares, sólo con pasta podrían llevarse ese trofeo a alguna parte privada. Quizá entre las tres, ahorrando un poco...

Se acerca una negra también vistosa: el negro se levanta, le habla en buen francés, se besan en las mejillas, sonríen y charlan un par de minutos. La invita a sentarse, pero ella hace un gesto con la mano y la cabeza, no puede, se despide, se va. Hay esperanza aún para las tres salidas de la mesa del fondo. Por fin me concentro en mi libro, no sin pensar que de las tres orondas mozas que arden en deseos de desnudar por turnos, o quizá a la vez, al macho imponente que observan sin parar, una ha adquirido una mueca de tristeza trascendente, precisamente algo kunderiana; otra de lascivia casi incontrolada, con un punto de sofoco que no acierta a disimular bien, componiendo un retrato que recuerda a la Volpina de Fellini, abanicándose con la mano en un gesto con el que no sé si quiere darse aire o bien borrar los excesos de su imaginación; y la tercera, con una suficiencia fingida, intenta mirar siempre a otro lugar, a derecha e izquierda, para echar una ojeada furtiva y fugaz en cada giro, para poder comentar una jugada que las tiene completamente obnubiladas para el resto de la semana.

Debe de haber un tráfico tremendo, porque María se retrasa. No importa demasiado, tenemos tiempo, hemos quedado para cenar con una pareja amiga, nada que me apetezca demasiado más allá de una obligación sana cuyo destino, quizá, es no terminar sustituyendo la capacidad de relación por la de observación. Por fin llega, saluda con la mano mientras baja del coche: su suerte legendaria con el aparcamiento no le ha acompañado esta vez, me inquieto cuando la veo estacionar en zona de carga y descarga con todo el descaro. Pensaba que se sentaría a tomar una cerveza conmigo, pero veo que no tiene ese plan. Camina hacia mi mesa mientras llamo al camarero para pagar. Sin embargo llega ella y se sienta, tan tranquila. Saluda algo ausente, distante, fría.

—¿Qué pasa? — pregunto mirando al coche y a ella alternativamente.

—¡Ah, el coche! No te preocupes, ahora mismo te lo llevas.

—¿No vienes conmigo?

—No.

—¿Te vas a quedar aquí por el centro? Luego nos encontramos en el restaurante...

—No.

—Bueno, pues voy yo solo, o llamo y anulo, si te parece. No es problema.

—Tampoco se trata de eso. Voy a dejarte ahora mismo. Ya he llevado mis cosas a mi nuevo piso, no voy a decirte dónde voy a vivir, no quiero tener ninguna relación con mi pasado. Probablemente en unos meses me vaya del país para no volver.

Tardé un par de minutos en reaccionar. Mientras tanto el tráfico me envolvía, pensaba en qué podía haber pasado para que no me diera cuenta de nada. El negro miraba al frente y manejaba una revista distraído, dando cuenta de una cerveza y de unas patatas chips que el camarero había traído en un plato. Las tres gracias de Rubens, las tres hijas de Zeus pasadas de moda y de edad seguían con ganas de comerle el rabo al descendiente de esclavos a todas luces muy trabajadores. Entre una cosa y la otra, concluí definitivamente que no me lo esperaba, definitivamente que no había reparado en ninguna señal anterior: repasaba en mi mente en busca de una sola de ellas, y no encontraba ninguna cuando ella concretó.

—No busques razones, no tiene nada que ver contigo. Es cierto que te he querido mucho, pero no puedo volver atrás desde que antes de ayer me encontré con otro hombre que no puedo quitarme de la cabeza.

Seguía en silencio, pensando que quizá sería del coño que no se lo podía quitar. O del culo. A mi mente vinieron bastantes insultos, pero los reprimí. Me esforcé en buscar una pregunta que hacerle, pero no encontré la manera de enfocar mi rabia en positivo y permanecí callado.

—¿No vas a decir nada?

—No sé muy bien si pinto nada en esta conversación, es un monólogo. Soy sólo la oreja necesaria. No hay nada que pueda hacer para que te replantees nada. Supongo que es correcto lo que digo, ¿no?

—Sí, como siempre.

—¿Eso es un reproche?

—Tómatelo como quieras.

—Pues es el último reproche, supongo. Dame un beso y vete. Aunque sea por los viejos tiempos.

Me levantaba de la mesa para despedirme, al mismo tiempo que ella, mientras vi que dos urbanos multaban mi coche. No me importó, la pagaré su puta madre, pensé. Sin tocarla le di dos besos en las mejillas mientras le preguntaba.

—¿Has cogido dinero?

—Un poco.

—¿Suficiente?

— El que tenía en mi cuenta. Y tres mil euros de la que tenemos en común. No quiero nada, de verdad. No lo merezco, te estoy diciendo que no te quiero ver más y no tengo otro motivo que mi egoísmo. No quiero nada. Cambia el coche de nombre, quédate con el piso. Pero después de lo que he vivido estos días no puedo volver a lo de antes. Es imposible. No te pido que lo entiendas, ni lo intento, ni es importante que lo hagas.

El camarero se acercaba para cobrar y le hice un gesto con la mano para que volviera más tarde.

—Vete. No sé si te importa, pero estaré bien. Vete ya, María.

Se dio la vuelta. Llevaba pantalón tejano ajustado, su figura se había mantenido casi igual en los últimos diez años. Hasta hoy me consideraba afortunado por ello, pero no sé qué me daría por pensar a partir de ahora. Lo había pasado bien con ella, pero no pude dejar de dudar de que fuera recíproco si se iba así. Fue el último pensamiento coherente que tuve antes de que se acercara a la mesa del negro, le tendiera la mano para que se levantara, y se fueran quizá felices, cogidos por la cintura, atravesando la plaza ante mis narices. Al menos tuvieron ambos el buen gusto de no volverse.

La grúa se llevaba mi coche mientras el camarero volvía para atenderme al ver que estaba otra vez solo, aunque ignoraba cuánto. Le pedí un negroni, pero puso cara de póker y ordené un gintonic bien cargado. Pensé mientras lo esperaba en esa última posibilidad para vivir lo que hasta hoy ha sido ajeno a la vida de uno, o de una, en que toda la terraza estaba pendiente de mí sin que me importara, y en que las tres gorditas se iban a hacer un dedo durante tres o cuatro meses sólo de pensar en cómo el gigante zumbón, negro como el azabache, se la metía a María una y otra vez, ese negro seguro que capaz de hacer que se corriera hasta hartarse, hasta perder el sentido, hasta el paroxismo, hasta decir basta de pura fatiga. Al fin y al cabo, lo que no le había comprado yo se lo había buscado ella: más grande, negro y automático, pensé. Casi me reí porque mi tradicional sentido del humor negro pasara con esta facilidad del sarcasmo sádico al sarcasmo masoquista. Y es que por el momento, antes que celoso o dolido estaba perplejo, porque lo que había venido a decirme era sencillo: después de una polla como ésa no puedo pensar en conformarme. Se lo agradecí cada minuto de las tres horas siguientes, durante los cuales más que quedarme, quedé allí, casi sin voluntad, negro, sombrío, bajo la sombra inmensa del negro que se marchó con ella.